

“Santicos”

CUANDO el Salvador, viendo las gentes, se subió al monte para enseñarles, inició la exposición de su sermón con las ocho bendiciones que se conocen con el nombre de Bienaventuranzas, modelo de sencillez y profunda trascendencia en que flotan, como la ova en el agua, las raicillas de la santidad ¡Son necesarias, para merecerlas, tantas renunciaciones y tal la falta de apetencias, que parecen imposibles en la integridad humana y, el Señor, al comenzar su predicación, señaló la dificultad, invocando en primer término un principio carencial, la pobreza de espíritu, a la cual compensó con el reino de los cielos!

En la vida, es tan excepcional el espontáneo apartamiento del afán mundano, la indiferencia de los halagos, la conformidad con lo estrictamente elemental e indispensable, que cuando se ve un caso como el de «Santicos», se considera aparte de lo natural y se le conceptúa como «falto».

La Ascética reconoce que se confunde con la candidez y desde luego es un modo de hablar y de conducirse, tan «natural», tan a la pata la llana, tan como lo siento lo digo o lo hago, sin segundas intenciones, sincero y diáfano, que por no concebirlo se califica de tontería, y aunque en el caso de «Santicos» lo sea realmente, no es así siempre, ni es eso lo que pide el Evangelio tratando de eliminar la doblez y la intención ladina.

La Escritura se aparta frecuentemente de la esfera humana para ejemplificar con las tórtolas, con la oveja, con las palomas; «sed prudentes como serpientes y sencillos como palomas», dice San Mateo, y entre los animales encontraron los Santicos una convivencia tan edificante que al recordarla acude al pensamiento la sublime oración de San Antonio a los pájaros de su huerto, pues no es grano de anís el lograr la confianza plena de los animales, hasta el punto de que cuando D. Magdaleno entraba a visitar algún enfermo, gruñendo y resoplando, sin comprender aquello, la Rafaela, le decía: «no se asuste, D. Magdaleno, que es que están poniendo las gallinas» y, efectivamente, había dos o tres acomodadas en el camastro del paciente, haciendo su puesta, cosa detestada por el galeno, que salía por entre el burche, la cabra, el cordero, el perro, el gato, los palomos, los conejos y los pájaros del lugar, renegando de su carrera y con las botas de puntera bien untadas de chirle.

En aquella casa no solo se respetaba todo bicho viviente, sino que se le favorecía hasta el **summun**, como pedía Araque en sus momentos de exaltación cuando llevaba las ranas de los sacatierras al cuartel de los guardias invocando su derecho a la vida y pidiendo protección para ellas.

Todos los bichos de la casa de «Santicos» fueron como ellos mismos, ejemplares por su salubridad y cuidado, favorecidos por la bendición de Dios que protege la inocencia.

Formaron el matrimonio, Santos Tajuelo Palomaro y Rafaela Librado Flores. Tuvieron seis hijos. Los dos mayores se llamaban Antonio, distinguiéndolos por Antoñico y Antoñete; Antonio el grande y Antonio el chico; el tercero fué José, otro Cruz; la Francisca y la Agapita. La madre a los cien años, dió una culada y se rompió la cadera. El cuidado fué tal, que murió a los ciento dos años. «Santicos» llevó hasta su muerte el gorro de tres puntas, la blusa azul, los pantalones de mandil, curiosamente remendados y los alpargates blancos para los domingos.

Entre los «faltos» del pueblo tal vez sea esta familia el caso más notable de bondad, y sobre todo, de laboriosidad, pues la mentalidad endeble depende a la holganza.

El padre era rebajote, delgado, un poco mueso, del color de la tierra recién arada, muy saludable y con cierto meneillo monitero al andar, que le hacía aparecer aniñado y jugueton. Es seguro que ese bailecillo de su andar y su traza fuera la causa de que siempre se le llamara en diminutivo, convirtiéndose en apodo el nombre propio, con aquella precisión que lo hace siempre el saber popular y que no hemos dudado en traer a esta verídica historia del lugar, para enseñanza de los venideros, porque de todo el mundo se aprende algo y la vida de «Santicos» es, en lo simple, ejemplar.